
Revista Iberoamericana, Vol. LXXI, Núm. 210, Enero-Marzo 2005, 289-298

CIMARRONA COMO LA NOCHE:
CUERPOS Y ESPACIOS EN *LA NOCHE DE MERCEDES*
DE MARUJA CANDAL SALAZAR¹

POR

TERESA PEÑA-JORDÁN
University of Pittsburgh

Romper el miedo de ocupar el espacio infinito que nos
comprende podría ser una actitud común, cotidiana,
propia de la naturaleza humana

Xico Chávez

La noche de Mercedes (2003), primera novela de la escritora y promotora cultural puertorriqueña Maruja Candal Salazar,² describe el recorrido físico del personaje principal, Mercedes, por la isla de Puerto Rico durante una noche. Utilizando las nociones de fuga, identidad y desplazamiento como tropos analíticos, en este trabajo estudiaremos la relación física y simbólica entre los espacios o territorios y cómo se delimitan corporalmente. El proceso de subjetivación que inscribe a la mujer dentro de una determinada identidad nacional, “femenina” y “feminista”, es representado en la novela a través de la protagonista y responde a esta configuración territorial y biopolítica. Nuestro análisis recogerá dichos procesos de inscripción histórica y social junto a los desplazamientos que desafían los límites fijos entre los cuerpos y espacios.

EL DISCURSO FEMINISTA LIBERAL Y SUS LÍMITES

La construcción de la polis moderna está basada en un contrato social fraternal que encierra en sí mismo un contrato sexual.³ La figura del padre feudal ha sido reemplazada por una comunidad de frateros-ciudadanos concebidos como sujetos públicos que

¹ Este trabajo fue leído en marzo del 2003 ante un público de interés general en la presentación formal de *La noche de Mercedes*, primera novela de Maruja Candal Salazar. Junto a otra presentación de Ataveira Medina, es el primer trabajo crítico que conozco sobre la obra.

² “Promotora cultural por espacio de treinta años, [Maruja Candal Salazar] ocupó el cargo de Secretaria de Cultura del Municipio Autónomo de Ponce por doce años. Fundó el Museo de la Historia de Ponce [...] Laboró como directora de Extensión Cultural de la Pontificia Universidad Católica de Puerto Rico. Allí crea el Taller de Teatro y por dieciocho años se dedica a producir actividades culturales. Fue periodista para la sección de “Por Dentro” del diario *El Nuevo Día* y para el semanario *Estrella del Sur*. Fundó la compañía Concultura...” Tomado de las “Notas sobre la autora” que aparecen en la contraportada de *La noche de Mercedes* (2003).

³ Ver Carole Pateman. “The fraternal social contract”.

gestionan y velan por el ordenamiento social. De este modo, la mujer en su rol de madre y esposa queda excluida de dichos agenciamientos políticos al ser refuncionalizada a través de sus labores reproductivas, tanto biológica como ideológicamente en la nueva esfera del orden doméstico. La división entre lo público y lo privado mantiene entonces un orden social regido frecuentemente por los hombres, que a su vez separa la gestión entendida como femenina de la participación de lo social, es decir, de lo considerado como político.⁴ De aquí que el conocido slogan de las denominadas feministas de la segunda ola, “lo privado es político”, adquiriera tanto valor transgresor en la década de los 60 y 70. Con el logro del derecho al voto para la mujer y la inclusión de la misma en la fuerza laboral asalariada, las feministas liberales de principios de siglo lograron sus principales objetivos.

No obstante, en la últimas décadas del siglo xx, en muchísimos casos, la mujer y no el hombre ha cargado con la responsabilidad de mantener económicamente a su familia.⁵ A su vez, la mayoría de estas mujeres, solteras en muchísimos casos, vive en alarmantes condiciones de pobreza. Las noticias de la radio que anuncian los resultados oficiales del Censo demográfico del año 2000 dan comienzo a la narración de *La noche de Mercedes* y describen este patético panorama:

El número de hijos pobres en familias con jefatura femenina subió a ciento trece mil novecientos cuarenta y dos entre el 1989 y 1999. Era de esperarse, siempre son las mujeres las más pobres’, dijo [la demógrafa] Rodríguez, quien recordó que entre el 1990 y el 2000 hubo un aumento de 11% de madres adolescentes. Señaló además que la diferencia salarial entre los hombres y las mujeres creció un 58% en el decenio (3).

De este modo, la mujer empieza a ocupar la ya reconocida “doble carga” al convertirse en proveedora del sustento económico de sus hijos, al igual que de su desarrollo educativo y emocional.

El personaje de Mercedes es vivo ejemplo de esa doble responsabilidad. No obstante, madre de dos hijos universitarios, divorciada, y de mediana edad, Mercedes ocupa un puesto como funcionaria en la Oficina de Asuntos para la Mujer del gobierno del Estado Libre Asociado de Puerto Rico. En su trabajo Mercedes se había dedicado precisamente a trabajar por el bienestar de las mujeres del país. La ineficacia del proceso burocrático, sin embargo, comenzaba a hacerla sentir inútil.

Con miles de ideas en la cabeza, Mercedes hizo de su trabajo su vida y de su vida su trabajo. Resuelta a dejar medidas legislativas que le permitieran a la mujer una vida más justa, había ayudado a conceptualizar proyectos tendientes a la penalización del maltrato contra la mujer, a la planificación de centros de cuidado para niños de madres trabajadoras, medidas económicas para que la mujer que realiza trabajo doméstico en su hogar fuera reconocida por el seguro social. Algunos proyectos habían llegado a feliz término, y otros, dormían el sueño de los justos en alguna gaveta de escritorio del Capitolio (29).

⁴ Para un reciente análisis en torno al discurso liberal en Puerto Rico y su relación a los temas de género y sexualidad, ver Eileen Suárez Findaly. *Imposing Decency. The politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1870-1920*.

⁵ Ver por ejemplo, el pertinente libro de Helen I. Safa. *De mantenidas a proveedoras: Mujeres e industrialización en el Caribe*.

Cruzada por ideales feministas y por su filiación de clase, Mercedes comienza a buscar una salida que le devuelva un sentimiento de conexión con la realidad de la calle. No obstante, como veremos en la próxima cita, la protagonista ocupa una noción liberal y totalizante de “la mujer”, que ignora inconscientemente las diferencias de clase y raza. “Mercedes entendía la situación de la mujer y le conmovía doblemente, no sólo por su condición, sino porque había visto mucho dolor y desesperanza, porque sabía que no era fácil la soledad” (30).

Blanca, de clase media y con preparación universitaria, la preocupación principal de Mercedes es su soledad: la falta de un “compañero” que le ayude a enfrentarse o a incorporarse en un mundo regido por los hombres. La memoria de su padre muerto a los dieciséis años, las ilusiones socialistas desaparecidas junto al fracaso matrimonial con su ex-esposo, las noches de bohemia que comparte con sus amigas, y los recuerdos de un pasado pre-industrial que considera mejor para Puerto Rico, construyen el camino de su recorrido nostálgico por la Isla. De este modo y como luego veremos, el personaje de Mercedes queda inserto dentro de un ideario patriarcal pasatista donde se imagina un espacio de mayor seguridad física para la mujer y de estabilidad nacional e identitaria. El histórico peso ideológico del imaginario cultural insularista en el personaje devela ciertas contradicciones inherentes a un discurso liberal feminista en la Isla que se encuentra cruzado por filiaciones de clase, cierto populismo nacionalista y preocupaciones de carácter ambiental.

Aún así, su frustración ante la vida es ejemplo de una sujeción que trasciende el análisis de la desigualdad entre los géneros en los términos economicistas del trabajo material e incurre en la administración de los cuerpos y las subjetividades.⁶ A su vez, los denominados “avances” en la tecnología y las ciencias de la información forjan nuevos cambios en la manera en que se conceptualizan los cuerpos, las subjetividades colectivas y los espacios; es decir, producen nuevas configuraciones biopolíticas.⁷

⁶No obstante, este tipo de análisis economicista encierra la división moderna entre trabajo material e inmaterial, manteniendo a su vez las históricas divisiones entre lo público y lo privado. Fácilmente se obvia que la función doméstica no asalariada ha sido necesaria para el funcionamiento “ordenado” de la sociedad, que el trabajo afectivo efectuado entre los miembros y dependientes de la familia inmediata y extendida permite, en gran medida, la explotación de los trabajadores, y que en el presente “posmodernizante” de la globalización es [el trabajo afectivo] uno de los principales bienes dentro de la economía postindustrial de “los servicios” y “la información”. Sobre los conceptos de trabajo material, inmaterial y afectivo, ver el artículo de Michael Hardt titulado, “Trabajo Afectivo” disponible en Internet. Para un lúcido y conciso análisis sobre el tema y su relación con la denominada “feminización del trabajo” ver el artículo titulado: “Sobre la feminización del trabajo” firmado por “una compañera del trabajoZero” de agosto del 2000: www.nodo50.org/cdc/fem-trabajo.htm

⁷En la introducción a su libro *Homo Sacer*, Giorgio Agamben explica la definición que hace Michele Foucault del concepto de biopolítica como el nuevo tipo de política que surge como resultado de un mecanismo del poder estatal que determina la “vida natural”: “Michele Foucault refers to this very definition when, at the end of the first volume of *The History of Sexuality*, he summarizes the process by which, at the threshold of the modern era, natural life begins to be included in the mechanism and calculations of State power, and politics turns into biopolitics” (3).

Para el análisis de *La noche de Mercedes* nos interesa el concepto del panóptico en Foucault visto desde una perspectiva feminista, y la espacialización del miedo como dispositivo de control y como causa de la denominada privatización del espacio público. Ambas condiciones afectan la manera en que la mujer se entiende a sí misma, al igual que su lugar y función en la sociedad.

Las siguientes frases de la novela evidencian los reclamos de la protagonista, quien reconoce, hasta cierto punto, la discriminación contra la mujer y sus procesos de subjetivación en la sociedad puertorriqueña actual:

A mí me da risa. En este país la mujer está jodida. Proclamamos la libertad creyendonos que hoy somos más felices que antes. Y los estándares de belleza nos exigen que seamos unas Barbies. Y ganamos menos que el hombre. Y tenemos el trabajo en la calle y en la casa. Y la responsabilidad del estudio de los muchachos, y llevarlos a los médicos. Y menear la olla. Y más sexo y más hijos. Y menos medios de transportación masivos. Somos objeto de toda clase de epítetos sexuales: o putas, o patas o frías. (13-14)

A través de esta cita irónica y autoreflexiva podemos ver que los ideales de libertad ciudadana y pública dejan de ser suficientes para Mercedes quien se siente atrapada por su “condición de mujer”, en una cadena incesante de responsabilidades y acusaciones.

La investigadora y profesora en filosofía Sandra Lee Bartky⁸ extiende el análisis del concepto arquitectónico del panóptico desarrollado por Michel Foucault a la producción de subjetividades consideradas como “femeninas”. De la misma manera que en el panóptico, el recluso internaliza la mirada vigilante del carcelero ubicado en el centro de una prisión circular; en el caso de la mujeres, la mirada patriarcal es internalizada provocando un auto-disciplinamiento que controla, desde la subjetividad construida socialmente como femenina, la manera en que ésta debe moverse, comportarse y expresarse.

En la novela, Mercedes relata múltiples instancias que muestran la presión social ejercida contra ella, en muchos casos por las mismas mujeres:

—¡Estás gordita! Ponte a rebajar, a ver si consigues un buen partido. —Bendito, ¿todavía estás solita? ¡Se te está haciendo tarde! [...] —Si tienes muchos hombres te desprestigias. —Si andas mucho con mujeres vas a crearte fama de lesbiana. —Lamento decirte que no vamos a poder seguir la amistad, porque la mujer divorciada es un peligro. —Debes cuidarte, pues los hijos juzgan e imitan... (36)

La insistencia de tantos reproches hace que en ocasiones las palabras pierdan los rostros y se conviertan, como dice Mercedes, en “fantasmas sin nombre” que la acechan con cada movimiento que ésta intenta ejercer. La mirada enajenante es absorbida y Mercedes misma, como otras tantas mujeres, comienza a funcionar como su propia carcelera.

⁸ Ver “Foucault, Femininity, and the Modernization of Patriarchal Power” En *Writing on the Body: Female embodiment and feminist theory*. Katie Conboy, Nadue Medina and Sarah Sranbury ed. New York: Columbia University Press, 1997.

La siguiente cita muestra el comportamiento autodestructivo que estas mismas lógicas biopolíticas logran efectuar en el personaje de la protagonista:

Mercedes se miró la llantita de la barriga y con disimulo se la pellizcó. Cirugía plástica era la solución... y el dilema era si la vanidad valía la pena o era más sensato aceptar la edad y sus consecuencias. (84)

En otra instancia, y anticipando la mirada siempre vigilante de la sociedad que pudiera divisarla en una playa solitaria con un hombre mucho menor que ella, se revela la confluencia entre el miedo a la seguridad personal y sus mecanismos de control con el miedo al qué dirán social. El universo de la criminalidad y las drogas se convierte en el escenario idóneo para amenazar su actuación como mujer “decente” y de “sociedad”.

En un país de tanta criminalidad y drogadicción, las playas desiertas podían representar un auténtico peligro: transacciones de drogas, asesinatos pasionales, sabrá Dios cuántas atrocidades, escondites de amantes de lo prohibido, un lugar perfecto para luego encontrar un cadáver putrefacto. Miedo al engaño. Miedo a sentirse vulnerable. La escena podía dar lugar a que se pensara de ellos lo peor. En el mejor de los casos, una patrulla de la policía asomaría y los señalaría con esos potentísimos focos como a sospechosos. Una pareja atípica como ellos podía dar lugar a miles de interpretaciones. El sabotaje interno de Mercedes no cesaba. Con esa horrible paranoia aquel instante le ofrecía un banquete de interrogantes. (119-120)

El miedo que Mercedes le tiene “a la calle” y “a los hombres” parece ejercerse de manera conjunta como resultado de un mecanismo de poder para devolver a la mujer – claro está, la que quisiera preservar cierto status o posibilidad de acenso social– al espacio doméstico, a los espacios privados o semi-privados del país.

De este modo, el carro, el hogar, el trabajo intramuro y la televisión aparecen en la novela como los medios y mecanismos de “seguridad”, sujeción y control social que producen la fragmentación de un espacio anteriormente compartido. Dicha “angustia cultural” (Barbero 29) ante un mundo cuyo crecimiento demográfico, urbano y vehicular viene acompañado de la destrucción ambiental y la falta de comunicación solidaria con los individuos queda impregnada en las primeras páginas de la novela:

Quizá esa amalgama de carros era una forma moderna de socializar que reclamaba ese junte irremediable de caravana humana. Era como una especie de metáfora de cine mudo. Cada uno suficientemente encerrado y suficientemente conectado, en su cápsula de status, uno detrás de otro, como borregos modernos que esperan su turno en el matadero [...] lo cierto era, que en aquella hora del tapón, se ponía de manifiesto la mala planificación del país y el desparramamiento urbano que hacía crecer el porvenir sembrado de los bosques de cemento (7).

Debido a esta compartimentalización del espacio, la conversación y el contacto con el sujeto inmediato se dificulta y se comienza a circular por caminos siempre delimitados que llevan de un lugar a otro, sin desvíos ni parajes alejados de la carretera principal.

“Suficientemente encerrado y suficientemente conectado”. En esta frase, Mercedes logra recoger la atomización de la experiencia colectiva, su reorganización en un conjunto de “cápsulas” que como máscaras hechas de carrocería representan y a la vez esconden una profunda soledad: la triste rostridad de cuerpos enjaulados.

En estas zonas intermedias, concebidas por el crítico literario puertorriqueño Juan Duchesne Winter como “restos neo-ruinosos del antiguo espacio público (la calle, el parque, los medios de transporte), ocurren “situaciones *impúblicas* del espacio” (228). Nos dice Duchesne Winter:

Por [estas zonas] no transita el ciudadano como sujeto de derecho o actor del llamado orden público, sino el sujeto del miedo. Son objeto del miedo las múltiples tribus de actores anómicos y postpolíticos violentos. Estas tribus sobrepasan la definición moderna de lo criminal e incluyen las “fuerzas del orden”. Las calles nocturnas de Cali, Caracas o San Juan, constituyen zonas intermedias particularmente intensas. Es una zona donde el orden del estado marca esa invisibilidad y ausencia que funge de punto ciego, bolsón del caos a partir del cual legitimar el panóptico de sus incursiones aleatorias sobre todo el territorio. (228)

Dichas zonas impúblicas ocupan el territorio de la vigilancia y del supuesto control de la criminalidad, como también de los piropos o de los insultos y del qué diran social.

Sin embargo, ante este régimen de órdenes y desórdenes Mercedes confía en la posibilidad de reconstruir el espacio común que fluye entre los sujetos y sus respectivos lugares de acción. De este modo, el narrador nos reitera el impulso deseante de la protagonista, donde se destaca cierto humanismo idealista:

Ella quería probar la noche del viajante, el terreno común donde transitamos todos. Donde nos tropezamos con el prójimo que no es predecible ni conocido. El camino de la vida. “Si nacemos para amarnos unos a otros, ¿por qué nos encerramos?” “No te matarán más que si fueras cadáver”. Otra vez Rimbaud en su cabeza, como un retumbar, como el tambor de los negros que anuncia guerra. (76-77)

El improvisado recorrido de Mercedes por las calles del país, ruta que abarca la totalidad de la novela, surge de este modo como metáfora predilecta de un intento por efectuar el desplazamiento de las subjetividades que limitan la manera en que la protagonista concibe su función y lugar en la sociedad.

ENTRE CAPTURAS Y DESPLAZAMIENTOS

No obstante, como aludimos anteriormente, el recorrido de Mercedes traza con sus observaciones y recuerdos una especie de crónica de viaje que confirma los contornos del imaginario nacional pasatista. Al pasar por la ciudad de Ponce construye el retrato de un pasado armónico y comunitario.

Volvió a recordar la imagen de la Plaza con sus bancos vacíos que contrastaba con el recuerdo de su adolescencia. ¡Eran otros tiempos! La gente se visitaba, los vecinos se enviaban delicias culinarias, había revendones, pregoneros, vende escobas y escobillones,

vende ostiones, el amolador con su inconfundible armónica, las retretas de la Banda Municipal en la plaza y un espíritu comunitario. –Eran otros tiempos– se repitió con tono de lamento borincano. Luego llegaron las multinacionales con sus centros comerciales y los negocios del pueblo se fueron apagando como lamparitas de gas. (43)

Los paisajes vislumbrados desde la lejanía de la modernidad del carro se describen con una mirada exotista y nostálgica, proveyendo un “tour automovilístico” por los anhelos costumbristas de Mercedes, hija de un antiguo caficultor. La “modernidad” se percibe como un violento caos cual un torbellino que se lleva enredado la libertad imaginada de un espacio autónomo y telúrico:

Recordó su infancia en el campo y aquel mundo sensual de frutas que su padre la había enseñado a comer: caimitos, mamey, guamás, carambolas, guanábanas, tamarindos, chinás y toronjas, las panas sancochadas con bacalao. ¡Cuán lejos estábamos de aquel Puerto Rico! –¡Ni siquiera dándole cien veces la vuelta a la Isla, podíamos alcanzarle el rabo a aquel tiempo!– pensó. (62)

De este modo, la vuelta que Mercedes le da a la Isla provee una visión panorámica que superpone visiones distintas de progreso (agrícola, industrial, de servicios):

La vida en Puerto Rico cambiaba cada día con una velocidad pasmosa y la sobrepoblación iba marcando la ausencia del verdor de los valles y el aumento de una clase social dependiente de trabajos temporeros. El Puerto Rico de antaño iba dando paso a una sociedad amorfa en la que Mercedes se sentía sin espacio, desubicada. (140)

Suspendida entre dos temporalidades, la protagonista lucha contradictoriamente por reformular un nuevo espacio propio. De esta manera, espacios y cuerpos confluyen en *La noche de Mercedes* borrando la distinción que separa unos de los otros. El recorrido de una nueva ruta por la isla intenta trazar una nueva cartografía corporal cuyos límites sean siempre movibles y cuyo destino sea el propio devenir. Al desviarse de las avenidas principales, Mercedes intenta romper con los parámetros de la circulación libidinal organizada, y como nos dice sobre la poeta puertorriqueña Julia De Burgos, “iba por la carretera en la maroma de seguir su propia ruta” (138). Cimarrona como la noche, Mercedes intenta escapar los contornos que establecen y encierran el orden del día: el trabajo burocratizado, el culto a la belleza juvenil, y el ejemplo de la mujer abnegada que espera pasivamente a que el príncipe azul de sus sueños la rescate de su castillo, aunque de cemento, para una vez más poder recorrer el mundo. Así lo resume la próxima cita: “Claudicar al sueño de la Bella Durmiente que despierta por el beso del príncipe, que le promete “amor y felicidad”, era claudicar al más sabroso de los dulces de la ilusión de una mujer” (30-31).

No obstante, la noche le regala, sorpresivamente, la posibilidad de una nueva vida en compañía. “No te matarán más que si fueras cadáver” es la frase que conjura la muerte en vida de sus sentimientos reprimidos y desplazados. El personaje de Carlos, joven que conoce en su recorrido y con quien compartirá una experiencia sexual sumergida en erotismo y poesía, se convertirá en el apoyo necesario para reconciliarse con la naturaleza,

con los hombres y consigo misma. Él es quien escribe y narra la historia de sus aventuras de la que fue testigo y fiel acompañante. Es también el hombre que le permite continuar su viaje paisajístico con un renovado sentimiento de esperanza. “Carlos se convirtió en su guía turístico. El oeste de Puerto Rico ofrecía una costa hermosa... La orilla de Aguada y su carretera simpática acompañándola...” (116)

La lucha de Mercedes se representa entonces como la necesidad de reinventar el lugar y la función de la mujer más allá de su estricta función como madre, desafiando los miedos que le impiden autogestionarse y entrar en contacto directo con una esfera desprotegida de los cánones y las investiduras de las normas óptimas del comportamiento de la élite. La circulación física por parajes desconocidos para ella, al igual que la comunicación con el otro, son parte de un mismo deseo de transformación, que reconozca la conexión y responsabilidad compartida entre los sujetos que construyen como piezas de rompecabezas un sólo cuadro, un territorio, una naturaleza común. Por eso, tal vez le confiesa a Carlos: “Me gustaría decirle a mis hijos, que las madres vivimos *encerradas* en el deber de formar y educar y nos olvidamos de ser. Que las historias se entretejen y no las escuchamos y esa, es la definición más dolorosa de la realidad” (104).

La soledad de Mercedes no era sólo física, sino también existencial. Se debía en gran parte al reconocimiento de deseos incumplidos, experiencias no tenidas, sentimientos no dichos y sacrificados tal vez, inconcientemente, en el afán de obedecer —como dijera Mercedes— “el libreto de la vida que le fue impuesto”.

Y allí estaba, a sus cincuenta años, aquella incipiente noche, estrenando una aventura, ensayando a ser feliz sin definiciones. Recordó un poema de Olga Nolla: “He cumplido mis instrucciones al pie de la letra y mis orgasmos son cada vez más débiles”. Aquel poema dramatizaba la situación de una mujer anonadada ante el libreto de la vida que le fue impuesto. (34)

Las normas que se le imponen a la mujer como ejemplo vivo de la moral y la “higiene social” la habían llevado por el codiciado camino del “progreso” y “la modernidad” pero lejos de la felicidad anhelada y compartida.

A pesar de las contradicciones ya indicadas, el recorrido de Mercedes trasciende el mero interés individual. Impulsada por un deseo latente de *reconocer* las diversas manifestaciones de la realidad social del país, Mercedes desea reconstruir los vasos comunicantes entre las instituciones del poder central y las poblaciones cuyos intereses éstas dicen representar. El encuentro con el personaje de Wakeup, quien le ayuda a cambiar la llanta de su carro, es muy significativo, pues gracias a él, Mercedes se confronta con algunas de sus propias limitaciones y contradicciones:

Mercedes estaba agradecida. Le extendió una tarjeta de presentación y le solicitó que se mantuvieran en contacto para ver en qué medida podían colaborar profesionalmente a mejorar la situación. Wakeup bromeó hasta el último momento: —Si quieres les doy una clasesita a las mujeres de la Comisión de cómo se cambian gomas... —No vendría mal —le contestó Mercedes con una risotada. Wakeup parecía una mujer criada en un mundo de varones buscavidas, de esos que a la fuerza aprenden a sobrevivir. (73)

Muchos otros son los personajes con los cuales Mercedes se cruza en su recorrido: el hombre que le vela el carro y le pide por el favor una “pejetita”;⁹ el camarero que le habla Spanglish en un pub de turistas en el pueblo “surfista” de Rincón, el joven que le sirve en el bar a las afueras del Bosque Cambalache, y un viejo, antiguo profesor de la universidad. De todos ellos Mercedes parece aprender algo. A través de estos y de tantos otros sujetos anónimos y marginales evocados por Mercedes, como los dominicanos que –en palabras de ella– “pierden la vida cruzando a la Isla por el Canal de la Mona”, o los pescadores que le rezan a la Virgen del Carmen en ansias de una abundante pesca, se configura el nuevo mundo de la protagonista encontrado en el sentimiento común de los afectos, de las esperanzas y de la soledad.

No obstante, a pesar de comenzar a marcar la pautas de una nueva ruta hacia la transformación libertaria, Mercedes no logra superar del todo el insularismo tan característico de nuestras letras puertorriqueñas tradicionales. La metáfora tan viva de la isla como jaula encierra una realidad difícil de obviar. Así lo había descrito Carlos en su narración: “Como una leona enjaulada en una isla 100 x 35 millas decidió seguir manejando. Irse costeanado la noche y darle la vuelta a la Isla como la tierra al sol; como una loba a su presa” (21).

Mercedes termina su recorrido en el mismo lugar de su partida inicial: la capital de la sociedad enajenante. Su fuga se convierte entonces en una aventura que ha de ser encapsulada dentro de la reorganización ejemplificada por su calendario, que mide el tiempo y lo racionaliza. Las siguientes frases resumen el nuevo itinerario de Mercedes: “...el lunes la casa, el martes mi nueva vida, mis clases de felicidad, mi búsqueda, mi ruta. El miércoles la lavandería... el jueves: hacer realidad mi plan” (151). Por otro lado, la repetida fijación con la figura del padre, la cual se evoca desde un deseo incesante de reconocimiento y de nostálgica filiación, permea toda la novela y construye, inadvertidamente, la noción del viaje como tropo edípico.¹⁰ Como vemos, la isla enjaulada es la Isla del Padre; Isla a su vez, anhelada nostálgicamente tras la idea de un pasado mejor, representado por los también imaginados padres telúricos de la patria.

La necesidad de reinventar las formas en que se ocupan y comparten los espacios, y el insularismo obtenido como respuesta surge, inconscientemente tal vez, de la enajenación de la clase burguesa, y específicamente de la mujer, en un país colonizado y neoliberal donde las clases dirigentes y los medios informativos y disciplinarios de poder y control insular desvinculan simbólicamente la realidad social y política de sus ciudadanos de las fuerzas del orden internacional y global. Aún así, el encontrarse con el otro, el reconocerse en el prójimo, el deseo tácito de extenderse intensamente en comunicación y compromiso solidario son algunas de las razones sentidas y vertidas en esta novela; una novela que no pretende ser de Mercedes, ni de Carlos, sino del devenir entre sus cuerpos. Los afectos

⁹ Pronunciación popular en diminutivo de la palabra “peseta”, nombre puertorriqueño dado a la moneda estadounidense de veinticinco centavos.

¹⁰ El movimiento circular y paradójico en que resulta su intento de escape y renovación podría verse recogido simbólicamente en la próxima frase: “El pensamiento de Mercedes se le escapaba como una fuga de Bach y se imaginaba a Carlos conociendo a su padre... seguramente tendrían mucho de qué hablar” (149).

creados entre ellos dan muestra de la potencia practicada en la palabra, el gesto corporal, la imagen, la naturaleza y la acción. La búsqueda de nuevas experiencias invita a la transformación vital, a la creación de nuevos espacios y encuentros, a cortar las distancias que separan a las personas según su denominado sexo, clase social, raza, edad y ocupación. *La noche de Mercedes* exhorta, de este modo, a desafiar los miedos, incitando al movimiento y la acción.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, Giorgio. *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*. Daniel Heller Roazen, trad. Stanford: Stanford University Press, 1998.
- Bartky, Sandra Lee. "Foucault, Femininity, and the Modernization of Patriarchal Power". *Writing on the Body: Female Embodiment and Feminist Theory*. Katie Conboy, Nadue Medina y Sarah Sranbury, ed. New York: Columbia University Press, 1997.
- Candal Salazar, Maruja. *La noche de Mercedes*. San Juan: Editorial Puerto Rico, 2003.
- Duchesne-Winter, Juan. *Ciudadano insano: ensayos bestiales sobre cultura y literatura*. San Juan: Ediciones Callejón, 2001.
- Hardt, Michael. "Trabajo Afectivo" (www.espai-marx.org/3_25.htm).
- Martín Barbero, Jesús. "La ciudad: entre medios y miedos". *Ciudadanías del miedo*. Susana Rotker, ed. Caracas: Editorial Nueva Sociedad, 2000.
- Pateman, Carole. "The fraternal social contract". *The disorder of Women: Democracy, Feminism, and Political Theory*. California: Stanford University Press, 1989.
- Safa, Helen I. *De Mantenidas a Proveedoras: Mujeres e industrialización en el Caribe*. Denise Paiewonsky, trad. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1998.
- Suárez Findaly, Eileen. *Imposing Decency: The politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1870-1920*. Durham/London: Duke University Press, 1999.